

II

La familiaridad debe manifestarse señaladamente en los dulces secretos y conversaciones. Hay palabras que electrizan y cautivan con irresistibles encantos. Al oír a nuestro Señor exclamaban las muchedumbres: "Jamás hombre alguno ha hablado como éste." La dulzura de su palabra conmovía a los pecadores y no podía resistirse a su bondad. Aquí Jesús habla interiormente. ¿Qué cuál es ese habla, ese lenguaje de amistad? Alguna vez debes de haberlo oído. Es de suyo dulce; a las veces, aunque raramente, severa también... No puede resistírsele... ¿No has estado alguna vez recogido a los pies de nuestro Señor? ¿No te ha dicho acaso, cuando tu contrición era sincera: Ea, te perdono; no temás? ¿Y no has contestado con dulces lágrimas a esas palabras? ¡Oh! La voz interior es más penetrante que el sonido material; el oído del alma es más fino que el del cuerpo. Nada más cierto; en la santísima Trinidad hay una palabra, tipo de toda palabra; es sólo interior, pero es verdadera; es el mismo Verbo. El simple recuerdo de una palabra del padre o de la madre, ¿no nos conmueve por ventura y no nos los hace revivir? Existe, pues, una palabra interior, espiritual. Más aún: la verdadera palabra, la que nos cautiva, es interior; la exterior no basta para conmovernos.

El habla de Jesús en la Eucaristía es íntima y penetra hasta lo más hondo del corazón. ¿Qué otra cosa que la dulzura de la intimidad atrae a una pobre alma cuando, careciendo de virtudes y merecimientos adquiridos, pero, sabiéndolo y confesándolo con ingenuidad, se acerca a nuestro Señor y le habla con la sencillez y la franqueza de un niño para con su madre? ¿Se atrevería a hablar así, con el corazón en la mano, delante de testigos? No por cierto. Sino que ha oído a Jesús decirle: "Ven a mí, tú que estás agobiado, que yo te aliviare", y se ha ido. En la intimidad descubre su pecho y habla con llaneza conmovedora.

Esta dulce e íntima invitación es la que nos llama a la Comunión; sin ella nunca nos atreviéramos a ir a la sagrada mesa. Porque es una gracia de confianza y no de examen, ni siquiera de oración, la de la preparación para la Comunión. Todas esas cosas son buenas; pero la verdadera preparación consiste en tener confianza en estas palabras: "Venid, que yo soy el Dios de vuestro corazón; no temáis." Preparándoos así honráis más a Dios que si os hincarais en tierra desesperados.

Acaso me digáis: Cuando comulgo, me quedo seco y sin devoción alguna; no produzco nada. ¡Claro; como no os ponéis a escuchar el íntimo coloquio de nuestro Señor, ni os postráis en tierra con la confianza de la Magdalena, la cual, aun cuando Jesucristo nada le decía, derretíase en lágrimas de pura dicha... Penetrad íntimamente sus palabras, que no son otra cosa que manifestación de su dulzura, y veréis. No se come trabajando; el pan celestial que vais a recibir es el Verbo mismo, la palabra de vida. Hay que escucharla con paz y sosiego.

III

La acción de gracias debe hacerse con mayor recogimiento aún que la preparación. Si inmediatamente os ponéis a hacer actos y más actos, obráis como un niño. Que cuando no estéis recogidos echéis mano de un método, de un medio para alimentar vuestra devoción, nada mejor. Pero aguardad un poco. Tenéis dentro a un amigo; la más elemental cortesía os dice que le escuchéis. Y esto es desgraciadamente lo que no se quiere hacer, dejando así de corresponder a los designios de nuestro Señor. Nos imaginamos que viene El para echarnos en cara nuestras faltas. No, nada de eso. Un amigo no suele venir para hacer reproches, y sobre todo no comienza por lanzarlo. Tenedlo bien presente: nuestro Señor nunca hace reproches en los primeros momentos de la Comunión. Sólo el demonio nos turba para impedir que gocemos de su deleitoso coloquio; esfuérase por representarnos a Jesucristo como señor imperioso o severo juez, y con esto nos causa espanto, sintiéndose uno como impelido a dejar la acción de gracias para esquivar esta mirada vengadora. ¡Oh! No es ése el carácter de nuestro Señor.

Las almas perezosas se sumergen inmediatamente en pensamientos como éstos: soy tan pobre, tan pecadora... Pero aguardad a que vuestro corazón se ensanche primero; después una mirada sobre vosotros mismos será más eficaz para humillarlos que todos esos esfuerzos. Cuando un rico bienhechor visita a un pobre tendido en su mísero lecho, ¿comienza acaso por exhibir sus títulos de riqueza y nobleza comparándolos con el miserable estado en que se encuentra su protegido? No por cierto. Mucho más valdría no ir, que humillarle así. Antes al contrario, le alienta, le consuela y se rebaja cuanto puede para hacerse simpático.

Por consiguiente, si no gozáis de las consolaciones de

Jesús cuando viene a visitaros, es porque no tomáis tiempo para ello; desataos, abrid vuestro corazón, que Jesús no puede hacerlo todo.

En la sagrada Escritura llama el Señor a Samuel a medianoche para hacerle una revelación. Como no la había oído nunca, Samuel no reconoce su voz y vuelve a dormir por dos veces, hasta que, dándole el sumo sacerdote la llave de las comunicaciones sobrenaturales, que consiste en rogar a Dios que hable y escucharle, dice al Señor, que le llama una vez más: “Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha.” El Señor le entrega entonces los secretos de lo venidero.

Eso es lo que hemos de hacer. No hemos de contentarnos con que nuestro Señor se nos venga, sino que hemos de entrar en relaciones con El, según sea la gracia del momento, que es la de la familiaridad de la amistad. Ciertamente no hay pensamiento divino que en Jesucristo no se encuentre; pero como la Eucaristía es el colmo y el punto donde se agota el amor de Dios, su carácter en la Comunión es de dulzura y bondad, y no de una bondad como la del cielo, ni como la que mostraba durante su vida, sino propia de su estado sacramental, esto es, de intimidad, de familiaridad, del coloquio a solas.

Este es el verdadero medio de entrar en relaciones con nuestro Señor. ¿Por qué os atrevéis a comulgar, sino porque habéis oído una voz suave que, con bondad cautivadora, impidiéndoos pensar en otra cosa, os ha dicho en singular: “Ven”? Por eso, no bien entra en vosotros nuestro Señor, cuando transportados de admiración decís: “Señor, ¡cuán bueno eres!” *O quam suavis est Spiritus tuus, Domine!* Tal es el sentimiento unánime de cuantos comulgan; es algo instintivo: lo que prueba que la bondad y la dulzura son los dos divinos medios de que Dios se vale para unirse con el hombre decaído, y unirse con lazos de íntima amistad y confianza.

LA COMUNION, REMEDIO DE NUESTRA TRISTEZA

*Qui jucundus eram et dilectus
in potestate mea..., ecce pereo
tristitia magna, in terra aliena...*

“Yo que estaba tan contento y querido en mi reino, he aquí que muero de profunda tristeza en tierra extraña”.

(I MACH., VI, 11 y 13).

I

Nos agobia una profunda tristeza que queda pegada al fondo de nuestro corazón sin que podamos desecharla. No hay alegría para nosotros en la tierra, por lo menos alegría que dure un poco y no acabe en llanto; no la hay ni puede haber. Se nos arroja de nuestra casa, de la casa paterna. Esta tristeza forma parte integrante del patrimonio legado por Adán pecador a su desdichada posteridad.

Lo sentimos sobre todo cuando nos encontramos a solas. A veces llega a ser espantosa. En nosotros se encuentra, pero no sabemos de dónde proviene. Los que no tienen fe acaban desanimándose, se desesperan y prefieren la muerte a semejante vida, lo cual es un crimen horrible y prenda de repro-bación.

En cuanto a nosotros, cristianos, ¿qué remedio encontraremos contra esta nativa tristeza? ¿La práctica de la virtud tal vez, o el celo de la perfección cristiana? No basta eso. Las pruebas y las tentaciones le darán aún muchas veces el triunfo. Cuando esta tristeza cruel domina a un corazón nada se puede ya hacer ni decir; siéntese uno como abrumado más allá de sus fuerzas. En el huerto de los olivos nuestro Señor pensó en morir por ello. Y durante sus treinta y tres años vivió constantemente bajo una impresión dolorosa. Era manso y bueno, pero triste, porque se cargó con nuestras enfermedades. ¡Ved cómo lloraba nuestro Señor! Lo nota el evangelio, y eso que nunca dice que se riera...

A semejanza de su divino maestro, tristes pasaban también la vida los santos, lo cual provenía de su condición de desterrados, del mal que veían en torno suyo, de la imposi-

bilidad en que se encontraban de glorificar a Dios cuanto querían. Pero sobrenaturalizaban su tristeza.

Contra este mal universal hace falta, por consiguiente, un remedio. Consiste en no quedar en sí ni consigo: hay que desahogar la tristeza, si no queremos que ella nos arrastre como un torrente. Pero en esto muchos buscan consuelos humanos y se desahogan con un amigo o un director, y esto no basta; sobre todo cuando Dios nos envía un aumento de tristeza como prueba, ¡oh! entonces nada hay que valga. Antes al contrario, cáese más profundamente al observar que ni las buenas palabras ni los avisos paternales nos han devuelto la alegría ni disipado las nubes de tristeza, y el demonio se aprovecha de ello para hacernos perder la confianza en Dios; y almas se ven, y de las más puras y santas, huir, como Adán en el paraíso, de Dios y tener miedo de hablar con El. La oración puede aliviar un poco la tristeza; pero no basta para dar una alegría pura y duradera. Nuestro Señor oró por tres veces en Getsemaní, pero no para su tristeza; no recibió más que fuerzas para soportarla.

Una buena confesión nos devuelve también la calma; pero el pensamiento de haber ofendido a un Dios tan bueno es muy a propósito para volver a entristecernos.

¿Dónde hallará, pues, el verdadero remedio?

II

El remedio absoluto es la Comunión; es éste un remedio siempre nuevo y siempre enérgico, ante el cual cede la tristeza. Nuestro Señor se ha puesto en la Eucaristía y se nos viene para combatir directamente la tristeza. Siendo como principio que no hay una sola alma que comulgue con deseo sincero, con verdadera hambre, y se quede triste en la Comunión. Puede que la tristeza vuelva más tarde, porque es propia de nuestra condición de desterrados; y aún volverá tanto más pronto cuanto mayor prisa nos demos en replegarnos sobre nosotros mismos y no permanezcamos bastante tiempo considerando la bondad de nuestro Señor; pero estar tristes en el momento en que Jesús entra en nosotros, eso jamás. Es un festín la Comunión; en ella celebra Jesús sus bodas con el alma fiel; ¿cómo, pues, queréis que lloremos? Apelo a vuestra experiencia personal: cada vez que a pesar de haber hecho una buena confesión estabais tristes antes de

la Comunión, ¿no habéis visto renacer la alegría al bajar nuestro Señor a vuestro corazón?

¿No se quedó en el colmo de la alegría el publicano Zaqueo cuando recibió a Jesucristo, por más que tuviese sobrados motivos de tristeza en las depredaciones de que se le acusaba?

Tristes iban por el camino los dos discípulos de Emaús, y eso que iban en compañía del mismo Jesús, quien les hablaba e instruía; pero en llegando la fracción del pan, muy luego se sienten poseídos de dicha, el júbilo desborda de sus corazones, y a pesar de la noche, de lo largo del camino y del cansancio, van a anunciar su gozo y compartirlo con los Apóstoles.

Pongamos los ojos en un pecador que ha cometido toda clase de crímenes. Se confiesa, y sus heridas se cierran. Entra en convalecencia; pero está siempre triste, su conversión le hace más sensible, y llora ahora lo que antes ni lo sentía siquiera: la pena causada a Dios. Tanto más profunda resulta su melancolía cuanto su conversión es más sincera y más ilustrada. ¡He ofendido tanto a un Dios tan bueno!, se dice entre sí. Si le dejáis así a solas, la tristeza le oprimirá y el demonio le sepultará en el desaliento. Hacedle comulgar; sienta en sí la bondad de Dios y su alma se henchirá de gozo y de paz. ¡Cómo!, se dice. ¡Si he recibido el pan de los ángeles! ¡Luego me he hecho amigo de Dios! Ya no le apenan sus pecados por este momento; nuestro Señor le dice con sus propios labios que está perdonado. ¿Cómo no creerlo?

¡Oh! La alegría que nos trae la Comunión es la más bella demostración de la presencia de Dios en la Eucaristía. Nuestro Señor se demuestra a sí propio haciendo sentir su presencia. “Yo iré a aquel que me amare y me manifestaré a él.” Manifiéstase, efectivamente, con la alegría que le acompaña.

III

Notad para vuestra propia conducta que hay dos clases de alegría. Hay en primer lugar una alegría que es resultado del feliz éxito, del bien que se ha hecho, la que trae consigo la práctica de la virtud. Es el júbilo del triunfo y de la cosecha. Buena es, pero no la busquéis, porque, como se apoya en vosotros no es muy sólida, y bien pudiera ser que en ella consistiera toda vuestra recompensa.

Pero la otra, que proviene de la Comunión, cuya causa

nos vemos obligados a confesar que no está en nosotros, sino sólo en Jesús, que no guarda relación alguna con nuestras obras, ésta aceptémosla sin reparos y descansenos en ella cuando nos la trae nuestro Señor, pues es del todo suya. El niño, con no tener ninguna virtud ni merecimiento alguno, goza, sin embargo, de la dicha de estar al lado de su madre. de igual manera sea la presencia del Señor el único motivo de nuestra alegría. No indaguéis hasta qué punto habéis podido merecer el gozo que experimentáis, sino regocijaos por tener a nuestro Señor y quedaos a sus pies paladeando vuestra dicha y gustando su bondad.

Muchos hay que temen pensar demasiado en la bondad de Dios, porque esto pide que en retorno nos demos por entero y sin contar: prefieren la ley. Queda uno libre, una vez que la haya cumplido. Cálculo mezquino es éste que no deben hacer las almas a quienes El se da con tanta profusión. Gustemos sin temor la bondad de Dios; recibamos con avidez la alegría que se nos ofrece, dispuestos a dar generosamente a nuestro Señor cuanto le plazca pedirnos en correspondencia.

LA COMUNION, EDUCACION DIVINA

Et erunt omnes docibiles Dei.
"Todos serán enseñados de Dios".

(JOANN., VI, 45).

PARA ayo de un príncipe escógese al hombre más instruído, noble y distinguido. Honor es éste que se debe a la majestad soberana. Una vez crecido, el mismo rey le enseñará el arte de gobernar a los hombres: sólo él puede enseñarle este arte, por lo mismo que sólo él lo ejerce.

Todos los cristianos somos príncipes de Jesucristo: somos vástagos de sangre real. En los primeros años, para comenzar nuestra educación, Nuestro Señor nos confía a sus ministros, los cuales nos hablan de Dios, nos explican su naturaleza y atributos, nos lo muestran y prometen; pero hacernos sentir o comprender su bondad, eso no lo pueden; por lo que Jesucristo mismo se nos viene el día de la primera Comunión para darnos a gustar el oculto e íntimo sentido de todas las instrucciones que hemos recibido y para revelarse por sí mismo al alma, cosa que no pueden hacer ni las palabras ni los libros. Formar al hombre espiritual a Jesucristo en nosotros, es realmente el triunfo de la Eucaristía; una educación interior será siempre incompleta en tanto no la complete el mismo nuestro Señor.

I

Jesucristo se nos viene para enseñarnos todas las verdades. La ciencia de quien no comulga es solamente especulativa. Como Jesús no se le ha mostrado, no sabe más que términos cuyo significado ignora. Puede que sepa la definición, la regla, los progresos que ha de realizar una virtud para desarrollarse; pero no conoce a Jesucristo. Seméjase al ciego de nacimiento que, como no conocía a nuestro Señor, hablaba de El como de un gran profeta o de un amigo de Dios. Cuando se le declaró Jesucristo, entonces vió a Dios, cayó a sus pies y le adoró.

El alma que antes de la Comunión tiene alguna idea de nuestro Señor o le conoce por los libros, en la sagrada mesa le ve y le reconoce con embeleso; sólo por sí mismo se da a

conocer bien Jesucristo. La misma viva y sustancial verdad es la que nos enseña al comulgar y, fuera de sí, exclama uno: *Dominus meus et Deus meus*. Lo mismo que el sol, Jesucristo se manifiesta mediante su propia luz y no con razonamientos. Esta íntima revelación mueve al espíritu a indagar las ocultas razones de los misterios, a sondear el amor y la bondad de Dios en sus obras; y este conocimiento no es estéril ni seco como la ciencia ordinaria, sino afectuoso y dulce, en el cual se siente al mismo tiempo que se conoce; mueve a amar, inflama y hace obrar. Ella hace penetrar en lo interior de los misterios; la adoración hecha después de la Comunión y bajo la influencia de la gracia de la Comunión no se contenta con levantar la corteza, sino que ve, razona, contempla: *Scrutatur profunda Dei*. Se va de claridad en claridad como en el cielo. El Salvador se nos aparece desde un aspecto siempre nuevo, y así, por más que el asunto sea siempre Jesús vivo en nosotros, la meditación nunca es la misma. Hay en Jesús abismos de amor que es menester sondear con fe amante y activa. ¡Ah! ¡Si nos atreviéramos a penetrarle, cómo le amaríamos! Mas la apatía, la pereza, se contenta con unos cuantos datos muy trillados, con algunos puntos de vista exteriores. La pereza tiene miedo de amar. Y cuanto más se conoce con este conocimiento de corazón, a tanto mayor amor se ve uno obligado.

II

La educación hecha por medio de la Comunión, por medio de Jesús presente en nosotros, nos forma en el amor y hace producir numerosos actos de amor, en lo cual están comprendidas todas las virtudes. Y la manera de educarnos Jesús en el amor es demostrando clarísima e íntimamente cuánto nos ama. Convéncenos de que nos da cuanto es y cuanto tiene y nos obliga a amar con el exceso mismo de su amor para con nosotros. Mirad cómo se las arregla la madre para que su hijo la ame. Pues lo mismo hace nuestro Señor.

Nadie puede daros el amor de Jesucristo ni infundirlo en vuestro corazón. Lo que sí puede hacer es exhortaros; pero el enseñar cómo se ama está por encima de los medios humanos; es cosa que se aprende sintiendo. Sólo a nuestro Señor incumbe esta educación del corazón, porque sólo El quiere ser su fin. Comienza por dar el sentimiento del amor,

luego da la razón del amor y, finalmente, impulsa al heroísmo del amor. Todo esto no se aprende fuera de la Comunión. "Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis la vida en vosotros." ¿Y qué vida puede ser ésta sino la del amor, la vida activa que no se saca más que del manantial, o sea del mismo Jesús?

¿En qué día o en qué acto de la vida se siente uno más amado que en el de la Comunión? Verdad es que se llora de gozo cuando se nos perdonan los pecados; pero el recuerdo de los mismos impide que la dicha sea cabal; mientras que en la Comunión se goza de la plenitud de la felicidad; sólo aquí se ven y se aprecian todos los sacrificios de Jesucristo y bajo el peso de amor tanto se prorrumpe en exclamaciones como ésta: Dios mío, ¿cómo es posible que me améis tanto? Y levántase uno de la sagrada mesa respirando fuego de amor: *Tanquam ignem spirantes*. No puede menos de sentirse la negra ingratitud que sería no hacer nada en pago de tanta bondad, y tras de sumergirse en la propia nada y sentirse incapaz para todo por sí mismo, pero fuerte con el que está consigo, va luego a todas las virtudes. El amor así sentido engendra siempre abnegación bastante para corresponder fielmente.

Lo que deba hacerse lo indica el amor, el cual, haciéndonos salir fuera de nosotros, nos eleva hasta las virtudes de nuestro Señor y en El nos concentra. Una educación así dirigida lleva muy lejos y pronto. El motivo por el cual tantos cristianos quedan en el umbral de la virtud es porque no quieren romper las cadenas que los detienen y ponerse con confianza bajo la dirección de Jesucristo. Bien ven que si comulgaran les sería preciso darse en pago, porque no podrían resistir a tanto amor. Por eso se contentan con libros y palabras, sin atreverse a dirigirse al maestro mismo.

Oh hermanos míos, tomad por maestro al mismo Jesucristo. Introducidle en vuestra alma para que El dirija todas vuestras acciones. No vayáis a contentaros con el evangelio ni con las tradiciones cristianas, ni tampoco con meditar los misterios de la vida pasada. Jesucristo está vivo; encierra en sí todos los misterios, que viven en El y en El tienen su gracia. Entregaos, pues, a Jesucristo y que El more en vosotros; así produciréis mucho fruto, según la promesa que os tiene hecha: *Qui manet in me, et ego in eo, hic fert fructum multum.*

LAS MISTICAS BODAS

Gaudeamus et exultemus, et demus gloriam ei, quia venerunt nuptiae Agni, et uxor eius prae-paravit se.

“Gocemos y saltemos de júbi-lo, y demosle gloria: pues han llegado las bodas del Cordero y su esposa se ha preparado ya”.

(APOC. XIX, 7).

EN la encarnación nuestro Señor se unió con la naturaleza humana, tomando una igual a la nuestra, si bien más pura y sin pecado. La humanidad celebró en el seno de María sus primeras bodas con el Verbo, el cual salvó al mundo con esta naturaleza. Amaba a la humanidad por haberse desposado con ella y por eso le gustaba también tanto llamarse Hijo del hombre, *Filius hominis*.

Pero Jesucristo quiere también desposarse con cada una de nuestras almas, y con este fin instituyó la Eucaristía. Aquí cada día se celebra las bodas de Jesucristo con el alma cristiana. Y son nuestras almas las invitadas, no solamente a asistir a la fiesta, sino a hacerse esposas suyas. ¡Cómo sorprende el que el Verbo Dios nos invite así y nos diga: *Veni, sponsa, veni, coronaberis*: Ven, alma mía, mi esposa, ven a recibir de mi mano la corona nupcial! La única cosa que nos pide es la voluntad de venir. El vestido nupcial nos lo da El mismo en la Penitencia. Pobres, cojos, lisiados, errantes y mendigos, a todos nos dice: Venid, venid a embriagaros a diario con las castas delicias de mi festín nupcial. Nuestro Señor no podía otorgarnos mayor honra. Bien sé que no todos vienen, y muchos por su culpa; esto no obstante, la invitación es para todos. En cuanto a los que por justos motivos se ven impedidos de acercarse cada día, siéntanse felices al ver a hermanos más favorecidos comulgar con mayor frecuencia, y al no quedar nuestro Señor estéril en el copón. Al ver la fiesta de los demás, pensad en la vuestra, que se celebrará cuando seáis más dignos.

Jesús se desposa, por consiguiente, con el alma que comulga, uniéndosela con divina alianza. Es un contrato hecho libremente entre el alma y Jesús, los cuales se unen para no formar más que una sola persona moral. Este contrato

nunca lo rescindiré Jesús por su parte; a nosotros nos toca ser fieles, guardándolo y aun viviéndolo con amor, fidelidad e inquebrantable voluntad de preferir sus obligaciones a todo lo demás.

Esta fidelidad, ¿no la habéis prometido? Jesús os llamaba a uniros con El; y como vuestra pobreza os inclinaba a quedaros atrás; Jesús os ha dicho: Ven, a pesar de todo; yo seré todo para ti. En vista de tanto amor, habéis prometido, en el ardor de la gratitud, ser del todo para Dios, y con eterno lazo os habéis unido con El. Digo eterno porque, ¿quién se atreverá a decir a nuestro Señor: Seré fiel hoy, pero para después nada os prometo? Uno se da para siempre y sinceramente, al menos en cuando al deseo y voluntad actual. Tal es el contrato; Jesús será fiel; no lo rompáis por vuestro lado.

Al unirse la esposa pierde su personalidad y se pone bajo la potestad del hombre, debiéndole obediencia; a él le toca mandar y dirigir la familia, pues es jefe y cabeza.

En esta alianza sacramental tampoco se une el alma con Jesús para seguir siendo dueña de sí misma, sino que viene a sometersele y darse a El, de tal modo que en adelante deberá tener buen cuidado de escuchar su voluntad, ayudarle y seguirle por doquiera. Ella no es más que esposa; el esposo es Jesús. Pensad en las obligaciones de este magnífico título, pues, os apropiáis el honor, aceptad también las cargas.

Eso de esposa es demasiado elevado para mí; más me vale quedarme como simple sierva del Señor, dicen muchas almas.—Bien; pero la sierva no come en la misma mesa de su Señor.

Pero en esto suele haber muchas veces algo de pereza. Nobleza obliga. Dejad que nuestro Señor os eleve y engrandezca; no tengáis miedo, ya que este honor no proviene de vosotros. Quien os eleva es El y no faltará en daros en dote las necesarias virtudes y gracias para cumplir las obligaciones. Acepta, alma cristiana, con confianza este hermoso título de esposa de Jesucristo, y honra a nuestro Señor con el amor y la delicadeza de una esposa fiel. No digas, por favor, a nuestro Señor que se ha equivocado al adoptarte.

La unión entre el alma y Jesús es mucho más estrecha que cualquiera otra unión. Ninguna hay que pueda compararsele, sean cuales fueren las personas que la contraigan o sus cualidades y recíproco afecto. Verifícase la unión entre el alma y Jesucristo de un modo espiritual y más íntimo aún que

en la transformación del manjar en la substancia de quien lo come. Hasta tal punto llega el alma a identificarse con Jesucristo, que en alguna manera pierde su propio ser para sólo dejar vivir a Jesús: *vivit verò in me Christus*.

En esta unión caben varios grados de intimidad: cuanto más fuerte es el amor, tanto más fuerte es ella, así como la unión de dos pedazos de cera es más o menos perfecta según estén mejor o peor derretidos.

El alma se funde en Jesucristo como la gota de agua se pierde en océano: *Divinae consortes naturae*.

En verdad pudiera Jesucristo limitarse a otorgarnos las gracias necesarias para la salvación. Pero como viera almas generosas que habían de amarle con la abnegación de verdaderas esposas, dijo para cada una de ellas: Me desposaré contigo por toda la eternidad: *Sponsabo te mihi in sempiternum*.—Mas si Jesucristo celebra su matrimonio con nosotros en la Comunión, una sola bastará para consumir la unión. ¿Para qué, pues, comulgar muchas veces?

Es cierto que con una sola vez que comulgásemos, podría Jesús, por lo que a El toca, consumir y perdernos en sí. Ni desea tampoco otra cosa, pues no pone límites a la abundancia del don de sí mismo. Pero estamos tan poco purificados de nuestras escorias y somos materia tan poco apta para fundirnos en El, que resulta necesario que Jesús venga a menudo para renovar la unión, afianzando y acabando la obra de la primera Comunión; cada vez que viene confirma la primera alianza y la hace más pura y estrecha; Jesús no se da con parsimonia, ni depende de El el que la unión sea perfecta, sino que somos nosotros los que no estamos dispuestos y andamos vacilando si perdernos o no en El.

Honremos, por consiguiente, a Jesucristo como a nuestro divino esposo con toda la atención de que seamos capaces. ¡Ah! Como esposas infieles hemos pecado y faltado a nuestros compromisos. ¡Cómo no amarle si a pesar de nuestras faltas Jesús nos ha amado, olvida nuestras culpas y de nuevo nos invita a unirnos consigo! ¡Cómo no prometerle con toda el alma una fidelidad inviolable. ¿Seremos como esas indignas mujeres que, asociadas al trono por príncipes demasiado buenos, se hicieron arrogantes para desdicha de los pueblos? Educadas sin las virtudes propias de una posición tan elevada, llevaron una vida vergonzosa e infiel. ¿Nos conduciremos así nosotros para con Jesucristo?

Nada teníamos, nada éramos; nos amó Jesucristo y compartió con nosotros gloria y riquezas: correspondamos a tan-

to honor entregándole todo por lo mismo que proviene de El sin mérito alguno por nuestra parte y haciéndole entrega de nosotros mismos, puesto que le pertenecemos por tantos títulos.

Si reflexionáramos sobre el amor que Jesucristo nos tiene en el santísimo Sacramento, toda nuestra vida sería un continuo acto de amor y de gratitud.

EL PARA MI Y YO PARA EL

Dilectus meus mihi et ego illi
"Mi amado para mí y yo para
El".

CANT., II, 16).

SEr poseído de Jesús y poseerle, he ahí el soberano reinado del amor; he ahí la vida de unión entre Jesús y el alma alimentada con el don recíproco de entrambos. El amado es mío en el santísimo Sacramento, porque se me da en don entero y perfecto, personal y perpetuo: así debo ser también yo suyo.

I

Dilectus meus mihi.—En cualesquiera otros misterios, en todas las demás gracias, Jesucristo nos da alguna cosa: su gracia, sus merecimientos, sus ejemplos. En la sagrada Comunión se da por entero a sí propio. Se da con entrambas naturalezas, con las gracias y merecimientos de todos los estados por donde pasó. ¡Qué don! *Totum tibi dedit qui nihil sibi reliquit*: Quien lo da todo es el que nada guarda para sí. ¿No es así el don eucarístico? ¿De dónde sino de su Corazón abrasado de ilimitado amor al hombre le pudo nacer a nuestro Señor el pensamiento de darse en esta forma? ¡Corazón de Jesús, Corazón infinitamente liberal, sed bendito y alabado por siempre!

Como Jesucristo nos ama a cada uno individualmente, se da también a cada uno de nosotros. Poco suele conmover el amor general. Mas al amor que personalmente se nos demuestra ya no resistimos. Hermosísimo es el que Dios haya amado al mundo; pero que me ame a mí, que me lo diga y que para persuadirme de ello se me dé: he aquí el triunfo de su amor. Porque Jesús viene para mí; podría decir que viene para mí solo. Soy el fin de este misterio de poder y amor infinitos que se realiza sobre el altar, pues en mí tiene su término y en mí se consuma. ¡Oh amor! ¿Qué os podré dar en correspondencia? ¡Ocuparse así Jesucristo en pensar en mí, pobre criatura; llegar a ser yo el fin de su amor! ¡Oh, vivid, Dios mío, y reinad en mí; no quiero que me hayáis amado en balde!

No se arrepiente Dios de habernos hecho este magní-

fico don, sino que lo hace para siempre. No deja de inspirar algún temor o tristeza una felicidad que debe acabar un día, y hasta el cielo dejaría de serlo si hubiera de tener fin, porque la bienaventuranza que nos proporcionase no sería del todo pura y sin mezcla. La Eucaristía, al contrario, es un don perpetuo que durará tanto como el amor que la ha inspirado. Contamos para creerlo con una promesa formal. Jesús sacramentado cerrará la serie de los tiempos, y hasta el fin del mundo se quedará con la Iglesia, sean cuales fueren las tempestades que se desencadenen.

¡Qué felicidad la mía! ¡Si tengo a Jesús en mi compañía, en mi posesión y en mi propiedad! Y nadie puede arrebatármelo. Como el sol, lo encuentro en todas partes, todo lo alumbra y vivifica. Me seguirá y me sostendrá hasta el puerto de salvación, como compañero de mi destierro y pan de mi viaje. ¡Oh! ¡Dulce destierro, amable viaje en verdad el hecho con Jesús en mí!

II

Et ego illi.—Debo ser para Jesucristo del propio modo que El es para mí, sin lo cual no habría verdadera sociedad.

Ahora bien: así como Jesús no piensa ni trabaja sino para mí, así no debo yo vivir más que para El. El debe inspirar mis pensamientos y ser el objeto de mi ciencia (si no, no le pertenecería mi entendimiento), el Dios de mi corazón, la ley y el centro de mis afectos. Todo amor que no sea según El, todo afecto que de El no proceda, ni more en El, ni le tenga por fin, impide que la unión de mi corazón con el suyo sea perfecta. No le doy de veras mi corazón, si me quedo con algo del mismo.

Jesús debe ser la soberana ley de mi voluntad y de mis deseos. Lo que El quiere, quiero yo; no he de tener más deseos que los suyos. Su pensamiento debe regular los movimientos todos de mi cuerpo e imponer a sus sentidos modestia y respeto de su presencia. Lo cual no es otra cosa que el primer mandamiento en acción: *Diliges*, amarás a Dios con todo tu corazón, y con toda tu mente, y con todas tus fuerzas (1).

El amor es *uno* en su afecto y universal en sus operaciones; todo lo guía con arreglo a un solo principio, que aplica a todos los deberes, por variados que sean.

¿Soy enteramente de Jesús? Es esto para mí deber de

(1) Marc., XII, 30.

justicia más aún que de amor y de fidelidad a la palabra dada, que Jesús ha aceptado y sancionado con sus gracias y favores.

Jesús me da su propia persona por entero; luego yo le debo dar todo mi ser, mi persona, mi individualidad, mi yo. Para hacer esta entrega, menester es que renuncie a ser mi fin en cosa alguna, que renuncie a toda estima propia y final, esto es, a la estima que, sin ir más lejos, me tuviera a mí por fin a causa de las cualidades, talentos o servicios que hubiere prestado. Con la delicadeza de una esposa, que no quiere cautivar más que el corazón, ni admite más atenciones que las de su esposo, he de renunciar a todo afecto que sólo fuera para mí.

Como no sea para conducirlos a Jesús, único que lo merece, no quiero que otros me profesen cariño.

Dar mi personalidad es renunciar a mi yo en los placeres, ofreciéndoselos a Jesús, es guardar en mis penas para El solo el secreto de las mismas. Jesús no llega a vivir en mí sino cuando se trueca en la personalidad, el yo que recibe la estima y el afecto que se me profesa; en tanto no sea así, soy yo quien vivo y no El solo.

Finalmente, para corresponder al perpetuo don que de su Eucaristía me hace Jesús, debo yo ser siempre suyo. Los motivos que tuve para comenzar a amarle los tengo también para continuar amándole, y aun mayores, porque van siempre creciendo y cada día que pasa urgen más por cuanto todos los días renueva Jesús para mí sus prodigios de amor.

Debo, por tanto, pertenecerle con igual entrega y donación en toda vocación, en cualquier estado interior, lo mismo al llorar de pena como en el tiempo del gozo, en el fervor como en la aridez, así en la paz como en la tentación, en la salud como cuando se sufre; como quiera que Jesús se me da en todos estos estados, debo ser para El en unos como en otros.

Debo asimismo pertenecerle en cualquier empleo: los diversos trabajos a que su providencia me destina no son más que apariencias exteriores, diferentes formas de vida; en todas ellas se me da Jesús, pidiéndome que por mi parte le haga donación de mí mismo.

¿Quién me separará del amor de Cristo que está en mí y en mí vive impulsándome y apremiándome a que le ame? Ni la tribulación, ni la angustia, ni el hambre, ni la desnudez, ni el peligro, ni la persecución, ni la espada; todo esto lo sobrellevaremos por amor de quien tanto nos amó primero.

III

Puede uno ser para Jesús de tres maneras.

Primero por el amor de la ley, que cumple con el deber y con eso se contenta. Este amor es necesario a todos, es el amor de la conciencia que tiene por norma no ofender a Dios. Caben en él varios grados y puede llegar a una gran perfección.

Pensando en lo que Dios, como creador, redentor y santificador, tendría derecho a exigirnos, es para asombrarse que tenga a bien recompensar este primer amor. Hácelo, con todo, su inmensa bondad, y el que no practicara más que esta fidelidad al deber llegaría a ganar el cielo. ¡Pero muchos, triste es decirlo, ni aun esto quieren!...

Viene en segundo lugar el amor de abnegación, que es el de tantas almas santas que en el mundo practican las virtudes de la vida cenobítica: vírgenes fieles, verdaderos lirios entre malezas, solícitas espósas que gobiernan la familia con la mira puesta en Dios y no educan a sus hijos más que para su gloria, viudas consagradas a servirle en las obras de oración y de asistencia al prójimo; éste es también el amor que conduce al monasterio a los religiosos. Es grande este amor, libre y tierno; mueve el alma a ponerse a disposición del divino beneplácito, y da mucha gloria a Dios: es el apostolado de su bondad.

Pero por encima de todos campea el amor real del corazón, que es el del cristiano que da a Dios, no sólo su fidelidad y piedad y libertad, sino también el placer de la vida. Sí; hasta el placer, hasta el legítimo goce del placer de la piedad, de la vida cristiana, de las buenas obras, de la oración y de la Comunión.

Ofrecer en sacrificio a Dios, a su beneplácito, los gozos y placeres espirituales, ¿quién lo hace?

Renunciar al contento y a los placeres íntimos y personales o sufrir amable y silenciosamente para Jesús, único confidente, consolador y protector, ¿a quién se le ocurre semejante cosa? Pero ¿será esto posible? Sí; es posible para el verdadero amor. No consiste en otra cosa la verdadera delicadeza del amor, su verdadera eficacia y hasta diré que su inefable dicha: *Superabundo gaudium in omni tribulatione nostra*. Rebose de gozo en medio de mis tribulaciones, exclamaba san Pablo, aquel gran amante de Jesús.

¡Ojalá podamos también nosotros decir: Jesús me basta; le soy fiel; su amor es toda mi vida!

LA COMUNION, SACRAMENTO DE UNIDAD

*Sicut tu, Pater, in me, et ego
in te, ut et ipsi in nobis unum
sint.*

“Como tú, ¡oh Padre!, estás
en mí, y yo en ti, así sean ellos
una misma cosa en nosotros”.
JOANN., XVII, 21).

LA obra de divina rehabilitación por la Comunión realizada, es coronada con la unión de Dios con el hombre. ¡Comunión! ¡Cuán significativo es este solo término!

Por la encarnación la naturaleza humana se unió a la divina con unión de persona, y por eso, viendo el cuerpo de nuestro Señor, se veía a Dios. Ahora bien: Jesucristo, Dios y hombre viene a nosotros y obra un misterio análogo al obrado en el seno de María. Hablando de la dignidad del sacerdote, decía san Agustín: *O dignitas venerabilis sacerdotum, in quorum manibus velut in utero virginis de novo incarnatur!* De las manos del sacerdote viene la Eucaristía a nuestro cuerpo y uniéndose con nosotros prolonga, extiende la encarnación a cada hombre en particular. Al encarnarse en María, tenía el Verbo puesto en sus ojos en esta otra encarnación, y esta unión particular de la Comunión ha sido uno de los fines de su venida al mundo; la Comunión es el desenvolvimiento completo, la floración de la encarnación, así como es también el complemento del sacrificio augusto del calvario cada mañana renovado en la misa. Con el fin de unirse al sacerdote y a los fieles baja Jesucristo en la consagración, y un sacrificio sin la Comunión sería incompleto.

Unense, pues, el cuerpo de Jesucristo con nuestro cuerpo y su alma con nuestra alma, cerniéndose su divinidad sobre ambos. Nuestro cuerpo es, por así decirlo, engastado en el de Jesucristo, el cual, como nos gana en dignidad y nobleza, nos envuelve y nos domina y nos fundimos en El con unión inefable. ¡Qué cosa más magnífica esta unión de un cuerpo glorioso y resucitado con nuestra mísera naturaleza! Aunque nuestros ojos terrestres no lo vean, este espectáculo es visible a los ángeles y a Dios, es un espectáculo celestial. Cuando se derriten juntamente dos trozos de cera bajo la acción del fuego, mézclanse y no hacen más que una, por más que allá

queden y puedan separarse los elementos de uno y otro. En la Comunión se verifica igual unión. Verdad es que al consumirse las especies perdemos esta presencia corporal; pero en tanto el pecado no expulse a nuestro Señor, nuestro cuerpo sigue participando de la virtud del de Jesucristo, del cual recibe fuerza, gracia, integridad y buenas costumbres; se enriquece con la savia de nuestro Señor y se espiritualiza. ¿No sentís que después de la Comunión quedan amortiguadas las pasiones y la paz reina en vuestros miembros? Hay altas calenturas que se curan con hielo. Jesús cura el ardor de nuestra concupiscencia con la pureza de su cuerpo virginal. San Cirilo dice que por la Comunión nos hacemos consanguíneos de Jesucristo: *Consanguinei et concorporei*. Somos transformados en El: *Nec tu me in te mutabis, sicut cibum carnis tuae, sed tu mutaberis in me. Inmiscemur*, somos mezclados con Jesús, dice san Juan Crisóstomo. Dejemos, por tanto, que nuestro cuerpo se reforme en este molde divino y en él desarrolle para la gloria.

¿Y el alma? Jesucristo va derecho a ella. Dícele: Quiero desposarme contigo para siempre: *Sponsabo te in sempiternum*. El blanco de Jesús en nosotros es sobre todo el alma. El cuerpo no es más que una antecámara: Nuestro Señor lo honra primero, pero no hace más que pasar por él, mientras el alma recibe a Jesús y participa de su vida divina, quedando como perdida en El. Comienza Jesús por darle cierto sentimiento de su bondad que la penetra, sin aun pedirle cosa en retorno. Este sentimiento de bondad experimentase inmediatamente cuando se tiene buen cuidado de ponerse a considerar solamente la bondad de nuestro Señor: Jesús es semejante al sol de la mañana, que al levantarse da nueva vida y alegría a todo.

Nuestro Señor quiere comunicarse con la mayor abundancia posible; ahora, cada uno le recibe según su capacidad y sus disposiciones. Al alma bien dispuesta da una vida robusta, una resolución generosa que la mueve a jurar eterna fidelidad a su esposo. Busca desde entonces lo que a El le gusta, lo que pudiera agradarle: recibe el sentido de nuestro Señor, ese tan delicado sentido con que Jesús discierne las cosas que miran a la gloria de su Padre, ese sentido que lo juzga todo desde el punto de vista divino. Cuando un alma no lo ha recibido, se busca en todo a sí misma, y ni siquiera al comulgar piensa en otra cosa que en las dulzuras que pueda sacar de nuestro Señor. La delicadeza es la flor del amor.

Al alma delicada comunica, además, Jesucristo la gracia del olvido de sí misma, de total entrega del yo. Es preciso que un alma que comulga llegue a amar a nuestro Señor por nuestro Señor mismo; hay que saber darse sin decir: ¿Qué recompensa recibiré en pago? No ama de veras quien pide recompensa por todo lo que hace. Vivir de Jesús para sí está bien; pero vivir de El para El es mucho mejor. Ved lo que Jesucristo pide a San Pedro: “¿Me amas?—Sí, Señor, os amo.—¿Me amas más que todos los demás?” San Pedro vacila; llora, y sus lágrimas son una confesión de lo mucho que desea amar más que todos los demás. Nuestro Señor se contenta con eso y le da a apacentar sus corderos y sus ovejas, cargándole con el mayor peso que haya llevado hombre alguno; pero sin prometerle nada de recompensa. Nuestro Señor quiere que nos olvidemos. A cuantos le aman de veras les pide que se pierdan a sí mismos y que generosamente y sin tasa se remitan a El para todos los intereses propios, así espirituales como corporales, para el tiempo como para la eternidad. Mostrar desconfianza, pedir fianzas, hacer reservas, suele ser ordinariamente señal de pereza. Decir a Dios que le amamos cuando nos colma de ternura, es bien poca cosa; en la tempestad es cuando hay que decir con Jacob: *Etiam si occiderit me, in ipso sperabo*. Aquí damos algo de nosotros mismos, mientras que allá de lo que sobreabunda. Cierto que nuestro Señor no busca su propio interés en el amor que nos atestigua; ninguna necesidad tiene de nosotros, sino que nos ama para nuestro propio bien, para hacernos felices. Todo nos lo pide; no nos paremos a pensar en lo que recibiremos si queremos amarle con todas las veras con que El nos ha amado. ¿Quiere decir esto que no seremos recompensados, que nos habremos de quedar sin nada en cambio de esta donación absoluta? Por cierto que no. Cual una madre que, para probar su amor, pide a su hijo le dé todos los juguetes y, satisfecha de ver que le ama por encima de todo, se los devuelve luego con otros más hermosos. Nuestro Señor nos pide todo para después darnos más todavía.

Ea, almas que vivís de la Comunión, dadlo todo a nuestro Señor: obras, merecimientos y corazón con todas sus aficiones, aun las más permitidas, aun las más legítimas. Es difícil esto; es la agonía del pobre corazón humano; pero cuando se piensa a quien se lo damos, ¡oh, cuán pronto se resuelve uno!

La Comunión es asimismo el medio por el que nuestro Señor obliga a su Padre para con nosotros. Si el Padre ce-

lestial no nos recompensara más que según nuestros méritos personales y como criaturas, nunca podríamos lograr otra cosa que una felicidad natural. Pero nuestro Señor ha formado sociedad con nosotros, renovándola y estrechándola mediante la Comunión, y de esta suerte muestra a su Padre cuánto nos ama y cuánto desea que estemos unidos con El; y el Padre se ve como obligado a coronarnos juntamente con su Hijo, pues no puede separar la cabeza y el corazón de los demás miembros; la Comunión nos da acceso tan fácil al cielo, que casi se atrevería uno a decir que nos introduce en la gloria como por sorpresa.

Pero veamos ahora lo más sublime. Jesucristo no vivió en la tierra más que para gloria de su Padre. No quiso que al dejar la tierra cesase su Padre de recibir el homenaje de sus actos teándricos, por lo que continuando y multiplicándose en los buenos comulgantes, presenta éstos a su Padre, diciéndole: He venido a gozar de mi gloria a vuestra derecha; pero encármome de nuevo en todos estos cristianos para honraros una vez más por ellos y en ellos: con ellos y conmigo quiero hacer un solo religioso de vuestra gloria.

¡Oh! ¡Quién no ha de admirar el modo con que nuestro Señor ha sabido hermanar la gloria de su Padre con nuestra felicidad! ¿Quién comprenderá esta maravilla del Hijo para con su Padre y para con nosotros? ¡Qué industria más divina para hacernos participantes de la gloria y hacernos merecer una recompensa más abundante!

Sea, pues, la Comunión el centro de nuestra vida y de nuestras acciones. Vivid para comulgar y comulgad para vivir santamente y glorificar a Dios en vosotros, que magníficamente os glorificará El un día en su eternidad bienaventurada.

LA VIDA DE AMOR

*Nos ergo diligamus Deum,
quoniam Deus prior dilexit nos.*

“Amemos, pues, a Dios, ya
que El nos amó el primero”.

(I JOANN., IV, 19).

EL alma que quiere alcanzar la cumbre de la perfección evangélica y llegar hasta la vida de Dios, desde el principio debe fundarse bien en el amor, porque es una verdad cierta que el amor hace la vida: cual es el amor, tal es la vida. Nada hay que cueste al amor que quiere quedar satisfecho de sí mismo. El hombre es así: para que se sacrifique y se dé, hace falta ganarle el corazón; ganado éste, ganada está también la vida.

El amor es la primera de nuestras pasiones y la que arrastra todas las demás. Amamos un bien y hacia él vamos; tememos u odiamos un mal y huímos de él; nuestro corazón se resiente de gozo o de alegría según esperemos lograr un bien o temblemos de no poder huir de un mal; el amor precede siempre a los movimientos de nuestras pasiones y las arrastra en pos de sí.

Enséñanoslo también la naturaleza. Para educar y hacer obedecer al hijo, comienza la madre por hacerse amar de él, y para conquistar su amor le prodiga el suyo, amando la primera para ser amada.

Así es cómo obra Dios con el hombre, hechura suya.

Dios ha depositado la fuerza del hombre en su corazón y no en su espíritu ni en su cuerpo, obrando con él de igual suerte que la madre con el hijo. Muéstrame al hombre por sus dones y por sus beneficios, creándolo todo para su servicio.

Más tarde se le hace visible en estado de anonadamiento por medio de la Encarnación. Jesucristo ama al hombre; le revela que no ha bajado del cielo más que por amor, para hacerse compañero y hermano suyo, para vivir con él, compartir sus trabajos y penas y compararle las riquezas de la gracia y de la gloria. Jesucristo es, por lo mismo, para el hombre, la manifestación del Dios de toda bondad y de toda caridad.

Por amor hacia él muere en lugar suyo, haciéndose víctima de sus pecados y respondiendo de los mismos.

Para que ni aun glorioso, después de consumada su obra de redención, se separe de él, instituye la Eucaristía, que perpetúe su presencia en la tierra y atestigüe de modo sensible la vitalidad de su amor.

Cuando el pecador le ofende, Jesucristo es el primero en salirle al encuentro ofreciéndole perdón. A no ser por este sentimiento de amor que pone en el corazón del pecador, nunca llegaría éste a arrepentirse. Y cuando con diabólica malicia rehusa la gracia del perdón para no verse obligado a la enmienda, Jesucristo le cubre con el manto de su misericordia y lo hurta a los golpes de la justicia de su Padre implorando para él gracia y paciencia, sin que su bondad se canse; aguarda años y más años, y cuando el corazón llega a abrirse al arrepentimiento, como el padre del pródigo, no tiene Jesús más que palabras de bondad para el pecador penitente. ¡Cuán bueno es, por tanto, Jesucristo! ¿Cómo es posible ofenderle, darle pena y negarse a corresponder a su amor?

II

Pero lo que da al amor de Dios mayor fuerza y eficacia es el ser personal y particular a cada uno de nosotros, lo mismo que si estuviéramos solos en el mundo.

Un hombre bien persuadido de esta verdad, a saber, de que Dios le ama personalmente y de que sólo por amor a él ha creado el mundo con cuantas maravillas encierra;

Que sólo por amor a él se ha hecho hombre y a querido ser su guía, servidor y amigo, su defensor y su compañero en el viaje del tiempo a la eternidad;

Que sólo para él ha instituido el bautismo, en que por la gracia y los merecimientos de Jesucristo se hace uno hijo de Dios y heredero del reino eterno;

Que sólo para él le da al Espíritu santo con su persona y sus dones;

Que sólo para sí recibe en la Eucaristía la persona del Hijo de Dios, las dos naturalezas de Jesucristo, así como su gloria y sus gracias;

Que para sus pecados tiene una omnipotente y siempre inmolada víctima de propiciación;

Que en la penitencia Dios le ha preparado un remedio eficaz para todas sus enfermedades, y hasta un bálsamo de resurrección de la misma muerte;

Que para santificarle ha instituído el sacerdocio, que llega hasta él mediante una sucesión nunca interrumpida;

Que ha querido santificar y divinizar el estado del matrimonio, haciendo del mismo el símbolo de su unión con la Iglesia;

Que le ha preparado un viático lleno de dulzura y de fuerza para su hora suprema;

Que para guardarle, ayudarle, consolarle y sostenerle ha puesto a su disposición a sus ángeles y a sus santos, hasta a su propia augusta Madre;

Que le ha preparado un magnífico trono en el cielo, donde se dispone a colmarle de honores y de gloria, donde su manjar será ver a la santísima Trinidad y gozar de Ella, a la que contemplará y abrazará sin velos y sin intermediario alguno:

Un hombre bien penetrado de todo esto debiera estallar de amor, vivir de amor y consumirse de amor. ¡Oh, Dios mío! ¿Cómo es posible que haya un solo pecador, un solo ingrato en la tierra?

¡Ah, es que no se conoce vuestro amor, es porque se tiene miedo de conocerlo demasiado! Huímos de él por esclavos de una criatura o del amor propio. Uno hace de su cuerpo un dios; quiere ser amado del mundo, compartir sus placeres, recibir sus alabanzas y sus glorias; quiere, en una palabra, vivir para sí.

Dejad, ¡oh adoradores!, a los esclavos del mundo servilmente atados a su carro de triunfo, declarad guerra al enemigo de vuestro Dios, sacrificadle el amor propio, abrazad la ley de su amor, ¡y nunca habréis disfrutado de felicidad mayor! La virtud os resultará como necesaria y natural; os aficionaréis a sus combates; los sacrificios que os costase os parecerán amables. El amor es el triunfo de Dios en el hombre y del hombre en Dios.

III

Toda la perfección de un orador consiste en continuamente darse por amor a nuestro Señor, por lo mismo que la vida de que disfruta no es sino una creación continua de su bondad, un tejido de beneficios. Cuanto más puro sea vuestro don, tanto mayor será su perfección. ¡Fuera condiciones y reservas en el real servicio de Jesús! Amar puramente es amar a Jesucristo por El mismo, por lo que es, porque me-

rece nuestro amor desde todos los aspectos. “¿No puedo acaso, dice san Francisco de Sales, acercarme a una persona para hablarle, para verle mejor, obtener alguna cosa, aspirar los perfumes que lleva o para apoyarme en ella? Me acerco, pues, y me junto con ella; pero lo que pretendo ante todo no es aproximarme ni unirme, sino que de esto me sirvo como de medio y disposición para lograr otra cosa. Si llego a acercarme y juntarme con ella sin otro fin que el de estar cerca y gozar de esta proximidad y unión, será entonces la mía una unión pura y simple.” “Jacob, dice san Bernardo, que tenía a Dios bien agarrado, no tuvo reparo en dejarle, con tal de recibir su bendición; mientras que la esposa de los Cantares no le deja por más bendiciones que le dé: *tenui eum nec dimittam*; lo que ella quiere no son las bendiciones de Dios, sino al Dios de bendiciones, diciéndole con David: “¿Qué puedo buscar en el cielo para mí o qué deseo en la tierra sino a Ti? Tú eres el Dios de mi corazón y mi herencia para siempre.”

¿Cómo lograr esta vida, este estado de amor? Es muy fácil. El hombre es amor; ni necesita aprender para amar y darse. Pero lo que despierta al amor, lo nutre y eleva hasta la categoría de la más noble de las pasiones de la vida, es la visión y la contemplación del objeto amado; es la verdad conocida de su bondad y belleza, en una bondad del todo personal para cada uno de nosotros. Fijaos en san Pablo. Ha visto a Jesucristo y oídole; al punto ha comprendido el amor de la Cruz y exclama: “Jesús me ha amado y se ha entregado por mí: *Christus dilexit me et tradidit semetipsum pro me!*” Este pensamiento le hace llorar de pura ternura; su corazón se dilata bajo la acción poderosa de este fuego de amor de Jesús. También él quiere hacer algo grande por amor a quien tanto le ha amado y llama a su socorro a los sacrificios más penosos; a todos los tormentos, muertes y potencias desafía que no le separarán del amor de su señor Jesús.

Charitas Christi urget nos. La caridad de Jesucristo le apremia. Demasiado pequeño es el mundo para el ardor de su amor; quisiera amar con el corazón de todos los ángeles y de todas las criaturas. Nada extraño, por tanto, que se dé del todo a convertir almas y unir las todas a Jesucristo, pues fruto muy natural y sencillísimo es éste en el verdadero amante, que quisiera amar a Dios tanto como es amado de El, amar a Jesús tanto como este buen Señor lo merece.

¿Queréis vivir del amor y sentirnos felices con esta vida de amor? Pues permaneced constantemente pensando en la

bondad de Dios, siempre nueva para vosotros, y seguid en Jesús el trabajo de su amor por vosotros. Dad comienzo a todas las acciones con un acto de amor. En las adoraciones comenzad por un acto de amor y abriréis deliciosamente el alma a la acción de Jesús.

Por comenzar por vosotros mismos, os paráis en el camino; y si dais comienzo por un acto de otra virtud erráis la senda. ¿No abraza el hijo a la madre antes de obedecerle? El amor es la única puerta del corazón.

Cuando tengáis que cumplir algún deber costoso, haced primero un buen acto de amor. Decid: Os amo, Dios mío, más que a mí mismo, y para probároslo hago muy de corazón este acto de caridad, de abnegación, de paciencia. Porque tan pronto como vuestro corazón haya producido este acto de amor, respecto de Dios es como si la acción difícil estuviese ya realizada, y en cuanto a vosotros habrá ella cambiado de naturaleza. Lo que ofrece dificultad y alimenta repugnancia a nuestros deberes y a la práctica de la virtud es el amor propio. Pues bien; el primer efecto del amor cuando reina en un alma es hacer guerra continua al amor propio, o lo que es lo mismo, a la sensualidad de la vida, a la ambición del corazón, al orgullo del entendimiento, al espíritu mundano que no es sino mentira y egoísmo.

Cuanto mayor es el amor divino de un corazón, tanto más militante llega a ser. No se contenta con rechazar el mal, sino que va más lejos, hasta hacer consistir la virtud en la mortificación, en la inmolación, que es liberación perfecta, completo desprendimiento de sí mismo.

El segundo efecto del amor es el ser inspirador habitual de la vida y regla inflexible e invariable de todos los actos.

¿Qué quiere Jesucristo en este momento? ¿Hay algo que redunde en gloria suya en tal pensamiento, deseo o acción?

Así es la ley del verdadero amor. No mira a lo que da, sino a lo que merece el Amado.

LA PERFECCION DEL AMOR

Suspectus est mihi amor cui aliud quid adipiscendi spes suffragari videtur.

Amor habet proemium, sed id quod amatur.

Praeter se non requirit causam. non fructum: amo quia amo; amo ut amem.

“El amor que espera obtener alguna otra cosa que no sea el amor mismo se me hace sospechoso.

Hay un premio para el amor, pero es el objeto del amor.

El amor no necesita ninguna otra causa ni fruto: amo porque amo: amo para amar”.

(SAN BERNARDO, serm. xcv, in Cant).

I

HAY dos clases de amor de Dios. Con el primero amamos a Dios por nosotros mismos, a causa de los beneficios y de la recompensa que nos tiene preparada en el cielo. Uno se ama a sí mismo en Dios: es el amor de la ley. Es bueno este amor, muy bueno; el único que pide a todos el primer mandamiento. No puede exigirse más en estricto rigor; poseyéndolo se salva uno. Glorifica la bondad, liberalidad y munificencia de Dios para con nosotros y esto está muy bien.

Pero la gratitud que deben algunas almas por razón de los beneficios privilegiados que de Dios han recibido les obliga a más. Dios nos ha colmado de gracias; no os ha dado tan sólo lo suficiente, sino hasta el exceso. En correspondencia, no os habéis de contentar con ser como el jornalero, el criado o el mercenario, pues que vuestras gracias os dan derecho a ser hijos de la familia. Y el hijo no trabaja solamente por el incentivo del salario. Su ley es el amor, que carece de límites. La medida del amor, dice san Bernardo, es amar sin medida: *Modum diligendi Deum est diligere sine modo*. Ciertamente que Dios no os ha obligado a tanto; pero es con el intento de proporcionaros la dicha de amar más allá de lo que pide. Y, además, ¿debiera avergonzarnos el que Dios se vea obligado a darnos la orden de amar! ¡Cómo!

¿Será necesario que a nosotros, criaturas racionales, colmados de sus dones, a nosotros que hemos visto el inmenso amor que nos profesa, tenga que decirnos: Amadme más que a las criaturas, más que el oro y los placeres, y a trueque de este amor os daré el paraíso? ¡Ni ese amor, ¡ay!, da el hombre a Dios!

En cuanto a nosotros, llamados por Dios a ser amigos suyos, ¿nos habremos de contentar con eso? No, mil veces no. Demasiado liberal es Dios respecto de nosotros para que no lo seamos respecto de El. Pues nos deja el campo libre, amémosle cuanto podamos. Esta libertad mueve al heroísmo del amor. Se quiere complacer, dar una grata sorpresa, y se hace mucho más que lo que se hiciera de tener fijada de antemano la labor. Dios nos ha dicho: *Sponsabo te mihi in sempiternum*; me desposaré contigo para siempre, y la esposa debe darse toda al esposo, perderlo todo, dejar todo por él: patria, parientes, familia, hasta su propio nombre y personalidad. *Erunt duo in carne una*.

Así es también el amor puro de Dios: Os amo, Dios mío, por Vos y sólo por Vos. No se excluyen el cielo ni la esperanza; pero no se hace consistir en ellos el motivo habitual y dominante. Bien sabemos que Dios será bueno y generoso con nosotros, si nosotros lo somos para con El. Lo que se dice es: Aun cuando no hubiera paraíso para recompensar mi amor, yo, Dios mío, os amaría, porque por ser quien sois, merecéis todo mi amor. Toda la recompensa que ambiciono es amaros: *Fructus amoris, usus ejus*. Haga lo que hiciere, lo haré para mostraros mi amor.

¿Y qué es eso para un Dios que tanto nos ama? Por cierto, no gran cosa. Eso hasta en la vida natural se hace. Ved a los pobres niños de París que desde tierna edad trabajan todo el día en las fábricas para sus pobres padres; se sacrifican por ellos y lo tienen por la cosa más sencilla; miran al amor y para nada piensan en lo que les cuesta el trabajo. Su propio amor es la recompensa: *Amor habet praemium sed id quod amatur*. ¿No hemos de hacer tanto por Dios? ¿Dejaremos que un padre de la tierra sea mejor tratado que nuestro Padre que está en los cielos? ¡Pero, padres y madres, si lo habéis hecho para vuestros hijos, sacrificándoos para su bien, únicamente por ellos! ¡Si todo el mundo lo hace! ¿Ocurre en la calle una desgracia a un transeúnte? Al punto corréis a su socorro, sin embargo de que no le conocéis ni esperáis de él salario alguno. Siendo esto así, ¿cómo no sufrís por El, al ver que Dios es blasfemado, que Jesucristo vuelve a su-

frir de nuevo su pasión? ¿Por qué no os abnegáis por su gloria?

Que nadie diga: Eso es demasiado para mí. La primera necesidad del amor es darse en mayor medida de lo que se debe. El demonio nos sugiere a menudo este consejo: No trates de practicar este amor de abnegación; bueno es para los santos, pero no has de tener tanto orgullo como para contarte entre ellos.

¡Pero si no hay asomo de orgullo en eso! Amad sin medida y tened bien entendido que cuanto más améis, mejor comprenderéis vuestra nada y la santidad y majestad divinas.

¡Cuán inconsecuentes somos! Decimos siempre: Quiero quedarme a los pies de nuestro Señor, pues soy indigno de subir más arriba. ¡Cómo! ¿A los pies de nuestro Señor! ¡Si es el puesto de la Virgen santísima! ¿Os tenéis por dignos de tanto?

No pongáis tanto los ojos en aquello a que tengáis derecho ni en lo que merecís; antes decid siempre: No he hecho lo bastante; más tengo de amar; he de ir siempre amando más y más. Nadie acá abajo merece ser amado por sí mismo y para sí mismo, sino tan sólo por el divino reflejo que en sí lleva. Mas Dios es nuestro supremo fin y merece que se le ame por sí mismo, pues es la santidad, el amor increado e infinito. Concedle más y más, progresar continuamente en su amor, que nunca llegaréis a amarle cuanto merece. Un alma de oración crece siempre en amor, por lo mismo que comprende lo que es Dios: llega hasta amarle por medio del mismo Jesucristo, que inspira su amor y lo reviste de sus infinitos méritos; llega a amarle con amor en alguna manera infinito, que no podrá recompensarse dignamente sino con un infinito y eterno premio, pues es el mismo Jesús quien en ella ama.

Amad, por consiguiente; dad siempre, sin temor alguno a que deis demasiado. No pone nuestro Señor límites al amor que aconseja a sus amigos: "Amadme como me ha amado mi Padre y como yo mismo os amo; morad y vivid en el infinito amor con que amo a mi Padre." Amemos, por consiguiente, a Dios por El mismo, a causa de sus excelencias y porque lo merece, y sea éste el motivo que encauce y domine nuestra vida.

II

Para lograrlo, haced en primer lugar todo para su gloria; rendidle homenaje con todo lo que de bueno haya en vos-

otros u os proporcionéis por vuestras acciones. ¿Que para qué este sacrificio? Pues para dar gracias a la divina bondad, para glorificar el amor de Dios. Volved a menudo con gratitud sobre esta bondad: dadle gracias y alabadle; exaltadle, no tanto por lo que un día os ha de dar, cuanto por lo bueno, santo y feliz que es en sí mismo, y también porque os da conocer su bondad y felicidad y porque tiene a bien manifestarse a vosotros.

Sea en segundo lugar su voluntad la regla soberana de todo vuestro obrar. En cuanto ocurra, decid sin titubeos ni temores: Así lo quiere Dios y yo también. Su voluntad es la expresión de la bondad que me tiene. Cumplid todos vuestros deberes conforme a este pensamiento.

¿Que por qué querrá Dios esto más bien que aquello? Es cosa que no me inquieta. Sería una falta de confianza y de respeto el preguntárselo. ¿No es acaso la misma bondad y sabiduría? ¿Por ventura no quiere mi bien y su gloria? ¿Puede haber algo imprevisto para El?

Querer conocer los motivos de la voluntad divina es, en último resultado, obedecer a la voluntad propia.

Sabéis que Dios quiere una cosa; eso basta lo demás no os concierne.—Pero es difícil.—¿Qué importa? Es cosa en que sólo Dios tiene que ver. ¡Vos, oh Dios mío, lo queréis! Lo demás va de por sí.

Tal es la obediencia ciega y pasiva; se obedece únicamente porque Dios es nuestro dueño. Así obró nuestro Señor durante toda su vida. “Ya está acabada la obra que me habéis encomendado. No puedo hacer ni decir nada si no es por orden de mi Padre.” No bajó sino porque fué enviado por su Padre y para hacer en todo, libremente y por amor, su santa voluntad.

¿Cómo conocer la voluntad de Dios? Primeramente por los deberes que habéis de cumplir, por vuestros deberes de estado, sean cuales fueren. Cuando el deber nada diga, en el tiempo libre, hasta lo que sea del gusto de Dios podréis hacer si amáis de veras.—Quiero amar a Dios más que a mí misma, dice el alma amante. Dos cosas me conducen a Dios: la una me cuesta más, pero también agrada más a Dios, y ésta tengo de hacer.—Nada de incertidumbres ni de titubeos: de antemano y en todo quiero lo que mayor gusto dé a Dios. El estar mirando a lo que se da arguye no tener espíritu de familia: *Hilarem datorem diligit Deus*. Puro amor propio es el que os mueve si hacéis lo que a vosotros os gusta más y menos os cuesta; no satisfacéis más que a vosotros mismos.

En realidad nada hay que cueste al corazón amante. Cuando os cuesta dar algo a Dios no lo deis, que mucho más vale no darlo que darlo de mala gana. Claro que no hablo del hombre carnal, que siempre anda quejumbroso y no puede menos de quejarse; cómo le quitáis todo y le crucificáis, natural es que grite; dejadle gritar. Mas la voluntad superior, el hombre espiritual, debe dar sin que le pese. Es indudable que en la vida natural se hacen muchos sacrificios costosos, y se hacen sin lamentarse a quien los pide; bien merece Dios que obremos con él con igual generosidad.

Finalmente, y aquí se logra la perfección del amor, el alma amante llega a cifrar los actos de amor sólo en lo que cuesta. Hasta el presente el alma, aunque sin buscarse, es cierto encontrábase siempre en sí misma. Así, trabajar para la gloria de Dios es alentador y consolador; poner la voluntad propia en la de Dios es beatificante; siéntese que se va a pie firme, y, acaezca lo que acaeciére, no se inquieta por nada. Gózase de una paz divina. La voluntad de Dios bien seguida calma las curiosidades del espíritu, los afectos del corazón y hasta los sentidos. Puede ocurrir que como de paso tenga que sufrirse de esto o de aquello; pero en el fondo hay paz soberana, pues no hay guerra sino donde Dios no reina como soberano señor.

Mas aquí en la inmolación el amor encuentra su ejercicio. Pátese del principio de que no hay más amor verdadero que el que nace del sacrificio de sí en todo; sacrificios escogidos, he aquí la esencia del amor puro. Es lo que nuestro Señor expresaba con estas palabras: "No cabe mayor amor que el practicado al dar la vida por aquellos a quienes se ama."

Dios hace sufrir al alma que se le ha entregado, y sufrir incesantemente. ¡Arduo trabajo! Para tomar plena posesión del alma, Dios la aniquila y ocupa su lugar, y como quiera que la tentación de volver a ser ella renace sin cesar, Dios combate esta tentación y le hace padecer; anula su espíritu y sofoca su corazón.

Al entendimiento que no quiere rendirse a discreción, lo sumerge en tinieblas, en tentaciones contra la fe, la esperanza y la confianza en Dios, en el desaliento. No habrá paz mientras rindiéndose del todo no renuncie el entendimiento a sus propias luces. Nada pueden los directores en semejante estado. Estos razonan, hablan de una bondad de Dios, que ya por ningún lado ve el alma, el pasado espanta y el porvenir hace temblar. ¿Qué hacer? Aceptarlo todo. Dios os quiere ver en tan rudo trance y no os indica el motivo. Lo que es-

pera es que le digáis: No soy más que pecador, me someto a la prueba, haced cuanto os plazca. ¿Queréis que me vea agitado y atormentado? Pues yo también lo quiero. Así todo va bien. En lugar de ofrecer os las buenas acciones que se presentan a mis ojos, os llevaré mi propia miseria que me mostráis. No amaré mi miseria, pero sí os glorificaré hasta por ella. Y Dios está aun entonces con vosotros. Puesto que Dios os quiere de esta manera, ¿qué os importa lo demás? Pero, sobre todo, no pretendáis examinar de demasiado cerca. Si decís: “¡Si Dios me desampara!, ¿qué va a ser de mí?”, ¡os pondréis locos! Lo que Dios quiere saber es si le amáis más que vuestra voluntad aun sobrenatural; por lo demás, estad tranquilos, que hasta en el infierno le glorificáis. ¿Será que ambicionáis algo más que su gloria?

Respecto al corazón, ¡ah!, el corazón es de suyo tierno. Poco ha estaba en el paraíso y helo entre hielos y desgarramientos! Decir ¡amo! os parecerá una blasfemia. ¿Qué hacer? ¿Meter en razón al corazón o levantaros contra él? Eso no serviría sino para agravar la pena. Decid tan sólo: Cuán feliz era, Dios mío, cuando os amaba entre dulzuras; ahora me encuentro en tierra desolada y sin agua; pues bien, os amaré a vos más que la dulzura de vuestro corazón. Mi corazón me dice que no os amo. Pese a mi corazón, ¡os amaré por la voluntad!

Dios envía estos terribles asaltos a toda alma que quiere transformar en sí, no ciertamente para satisfacción propia, sino para hacerle merecer más. Gusta de atormentaros para que crezcáis en méritos y en gloria. Conoceréis que este estado proviene de Dios cuando continúa a pesar de todos los medios empleados para salir de él. ¿Es vuestra voluntad que os ame más que mi vida espiritual? Pues también la mía y ¡me sepulto vivo! Hasta tanto hay que llegar, si se quiere unir de veras como Dios. Quiere oro, no tierra ni aleaciones; la unión con Dios se suelda en el fuego. Cuando Dios pone a un alma en esta senda, cobra ésta una libertad interior increíble, libertad independiente de toda práctica, de todo estado particular. Su estado es su vida; puesto que Dios la ha puesto en él, ¿quién sino El la hará salir de él?

¡Pero si esto es embrutecerse!, diréis quizá. ¡Cómo! ¿Vamos a privarnos de toda acción y de toda iniciativa? Claro que sí; como que éste es el sendero por donde Dios conduce a sus almas predilectas. ¿No las ama acaso tanto como puede amárselas? Contentaos con amaros como Dios os ama y dejaos en sus manos.

Decid a Dios con san Buenaventura: “Bien sé que me amáis más de lo que yo puedo amarme a mí mismo; ya no tengo por qué ocuparme de mí: para Vos este cuidado; sólo me ocuparé de Vos: *Scio quia plus quam ego me diligis. De me igitur amplius non curabo, sed solum tuis deliciis inhaerebo: et tu mei curam habeto*” (1).

(1) Stim. Am., p. II, c. 2.

LA GRACIA DE VIDA

Ait illis: Venite post me. Et illi continuo, relictis retibus, secuti sunt eum.

“Jesús les dijo: Seguidme. Y ellos, al instante, dejadas las redes, le siguieron”.

(MATTH., IV, 19, 20).

I

ESTAS palabras encierran un gran misterio de la vida espiritual y nos indican que en la vida sobrenatural hay dos géneros de gracias, de las cuales, una, ordinaria y común a todos, pone a nuestra disposición los sacramentos, la oración y los demás medios de salvación. Así Pedro y Juan, cuando Jesús les llamó, se encontraban con esta gracia ordinaria, iban por el camino de penitencia predicado por san Juan Bautista, cumplían la ley y eso les bastaba para salvarse.

Con todo, nuestro Señor les llama en pos de sí. ¿Para qué?

Con el fin de ponerlos en la gracia de perfección, en la que les hacía falta para que se santificaran. Todos pueden salvarse correspondiendo a la gracia común; pero no todos reciben estotra especial, de puro favor, que nuestro Señor concede solamente a las almas que ama con amor privilegiado.

Por lo mismo que es la gracia de perfección, pide más que un simple cumplimiento de la ley. Ella forma la vida y la santidad de un alma. Todos, lo repito, no la tienen. ¡Oh, no, ciertamente! Todos son llamados a salvarse por la práctica de la ley, pero sólo algunos a la perfección por el amor.

¡Felices aquellos que poseen esta regia gracia! Puede decirse que la han recibido todas las almas verdaderamente piadosas, a las cuales toca conocerla y seguirla; de la correspondencia a ella depende su progreso y perfección.

He aquí una comparación que hará comprender este principio. En la naturaleza, los seres menos perfectos dependen de los que lo son más y hay algunos que completan a otros; júntanse con seres superiores que los absorben, se nutren de ellos y forman con los mismos un solo todo.

Otro tanto ocurre en el orden moral; la sociedad es una jerarquía; hay gobernantes y gobernados, autoridad y obediencia. Sin estas condiciones no cabe sociedad.

Pues de igual manera hay en el orden sobrenatural gracias soberanas y las hay accesorias y complementarias. Cada una de las gracias soberanas basta para conducir a uno a la perfección; por su conducto reciben todas las demás movimiento y vida, y son como el sello y el carácter de una existencia.

Los apóstoles recibieron la gracia soberana de seguir a Jesús por amor. Puede que se salvaran sin haber correspondido a ésta; pero de seguro que no hubieran alcanzado la perfección evangélica. Vanse, pues, en pos de Jesús, y ésta es su gracia de santidad, la ley de su vida y la condición de su felicidad.

II

Dos son los efectos que la gracia soberana produce en un alma: primero le traza el camino que ha de seguir en su conducta interior, y luego la conduce a una vocación especial.

Esta gracia por excelencia formará el carácter de la piedad, de la virtud y de la vida, llegando a ser el motor de todas las acciones, de tal forma que el alma vaya a todo y en todo obre por única moción.

Un alma, pongamos por ejemplo, tiene una gracia soberana, un atractivo dominante hacia la pasión del Salvador; pues los sufrimientos de Jesucristo constituirán el pensamiento que habitualmente la domine; sus virtudes, su amor y su vida irán inspiradas en la pasión del Salvador.

Otra tendrá una gracia soberana para llevar vida de penitencia, siendo esta gracia de atractivo la que forme su santidad; todo irá a parar para ella a la penitencia, en la cual vivirá; todas sus virtudes tendrán también un carácter penitente y convergerán hacia este atractivo de vida.

Pero ¿por qué dará Dios gracias de carácter, de atractivo? Por una divina razón. El espíritu humano es demasiado limitado para abarcar el conjunto de las virtudes; no puede mirar fijamente a todas con una sola ojeada, porque la mirada se vería demasiado tirante, faltaría la sencillez y sufriría. No sería único ni central el movimiento de la vida. Habría líneas paralelas, pero no radios convergentes a un mismo centro. Dando una gracia dominante, Dios quiere la-

brar una perfección con carácter propio, y esta gracia simplifica la vida y los actos, abrevia el camino.

A cada cual toca saber cuál es su gracia dominante. En esto consiste el trabajo interior, y de la correspondencia a esta gracia depende toda la vida espiritual.

III

La mayor y más excelente de todas las gracias de este género es la de la afición predominante al santísimo Sacramento. No lo digo porque a nosotros Dios nos haya llamado a ella, sino porque siento que es verdad. En sí misma considerada, esta gracia supera a la afición, la pasión o a cualquier otro misterio, aun al cielo. ¿Por qué? Por ser su objeto más perfecto y más capaz de hacernos felices. Jesús, en efecto, está más cerca de nosotros por esta gracia que por la de los demás misterios. Más íntima es la unión con Él; envuélvenos por doquiera la llama de su amor; sólo resta cooperar y juntar nuestra pequeña llama a ese incendio, para que ardan una por medio de otro.

La gracia de afición al santísimo Sacramento es la suprema y da un carácter de vida más perfecto. No sólo nos abre un camino más fácil para los demás misterios, sino que todos ellos encuentran en ella su vida y glorificación; en ella se contiene la glorificación de todas las virtudes y de todas las perfecciones.

Memoriam fecit mirabilium suorum, el Señor ha hecho en ella como el compendio de todas sus maravillas de gloria, virtud y santidad, encerrándolas, por tanto, todas.

Esta gracia eucarística es muy común en la piedad, y aun más común que las demás aficiones, y entre las almas que se sienten llamadas a la perfección es más crecido el número de las llamadas por la gracia eucarística que por cualquier otra.

¿Que por qué esto? Pues porque esta gracia es más fácil y está más a nuestro alcance; porque sus medios son más suaves y atrayentes. Para que, por ejemplo, os dirijáis por el pensamiento a la Pasión es menester que la hagáis revivir por una fe muy viva y por un amor muy grande, pues es un misterio pasado y lejano. Separada de la Comunión, la afición a la pasión es crucificante e inmoladora.

La gracia de inclinación hacia la Eucaristía es, al contrario, una gracia de dulzura, de expansión de nuestro amor

en Jesucristo, y siempre es más fácil expansionarse que crucificarse. De la Eucaristía bien podréis ir al calvario, a Nazaret, a Belén; pero estos misterios separados de la Eucaristía carecen de vida actual y presente.

IV

Mas ¿cómo se verifica este llamamiento tan poderoso que nos arrastra por entero? Aquí podría remitiros a vuestro interior. Se verifica como una educación.

Cuando Jesucristo quiere conducir a un alma a la gracia soberana de la Eucaristía, prepárala primero mediante una gracia de sentimiento, que tal vez sea poco apreciada en un principio. El sentimiento de felicidad causado por la presencia de Jesús el día de la primera Comunión fué para nosotros un primer atractivo, que luego se ha desarrollado sin darnos cuenta, bien así como el germen se desarrolla bajo tierra insensiblemente; más tarde, merced a los cuidados prodigados, ha venido a ser una necesidad, una aptitud, un instinto, y ya entonces todo nos conduce a la Eucaristía; si nos falta ella, nos falta también todo lo demás. El alma, poseída de este atractivo, endereza su piedad y sus virtudes hacia el Santísimo Sacramento, y resultan para ella necesarias la santa misa y la Comunión; siéntese inclinada a entrar en las iglesias, a ver el sagrario; hay algo que continuamente la impulsa por este lado. ¿Qué será? Pues su gracia soberana, que se ha educado ya y se ha convertido en madre de todas las demás gracias, en principio y motor de todas las acciones. La oís decir: Me siento llena de devoción hacia el santísimo Sacramento y sólo en su presencia me encuentro bien, sin que me cueste esfuerzo alguno. ¡Ya lo creo que entonces estáis en vuestra gracia!

Esta gracia llega a ser nuestro espíritu e imprímese en todos nuestros pensamientos, palabras y acciones; cuanto concierne a la Eucaristía nos resulta más fácil y agradable y lo hacemos con más ganas.

Truécase en instinto, en ley del corazón que influye sobre la vida y del todo espontáneamente, y sin que reflexionemos sobre ello, nos guía hacia la Eucaristía.

Es indudable que el espíritu de familia no es cosa sujeta a razón, sino que se mama con la leche y se tiene por ciencia infusa; igual pasa con la gracia eucarística cuando es nuestro atractivo dominante.

Cuando se tiene la dicha de poseer una gracia así, hay que cooperar con ella unificando la piedad y las virtudes; es menester que la oración y la contemplación actúen en nosotros esta fuerza y la desarrollen; tenemos que alimentarla con la lectura y la oración. Cuando se quiere conservar un fuego, se le echa sin cesar leña; si queréis llevar al máximo de potencia vuestra gracia de vida, aumentad de continuo sus fuerzas y no la dejéis un momento: la mayor tentación del demonio consiste en hacernos olvidar o perder de vista por naderías nuestra gracia soberana.

He de decir aquí una cosa que no temo verla desmentida. Quienquiera comulgue varias veces por semana tiene una gracia de atractivo, una gracia soberana para la Eucaristía, y debe enderezar hacia ella todas las demás devociones, como a reina y madre de todas ellas; debe nutrirlas con la Eucaristía e inspirarlas en espíritu eucarístico.

Hay que corresponder con gran fidelidad a esta gracia, pues, como seamos infieles a la principal, lo seremos igualmente a todas las demás.

Es necesario, además, ser agradecidos; y si la gratitud debe medirse por la grandeza del beneficio, ¿cuál no será la que debemos a Jesús por tamaña gracia?

Hace falta asimismo un trabajo perseverante y uniforme, en que corazón, espíritu y vida obren de consuno bajo el único influjo de la gracia soberana.

En un árbol, está la savia en el mismo corazón y es protegida por la madera y la corteza; todo tiende a conservarla durante los fríos del invierno, porque es la vida.

Para vosotros la savia es la gracia soberana, que fecundará todas las demás ramas de vuestra vida; conservadla bien como corazón, como alma que es de vuestra vida sobrenatural.

LA VIDA DE JESUCRISTO EN NOSOTROS

Christus vita vestra.
"Jesucristo vuestra vida".
(COL., III, 4).

Es preciso que vivamos de la Eucaristía. Y como la Eucaristía es amor, tenemos que perfeccionar nuestro amor. Hay que renovar a diario el foco para inflamarse uno a sí mismo. Nos hace falta fortalecer el amor en nosotros mismos antes de difundirlo afuera con las obras exteriores. Puesto que tan a menudo recibimos al amor encarnado, toda nuestra vida no debiera ser otra cosa que el desenvolvimiento y la expansión del amor. Quienquiera no se esfuerce en perfeccionarlo en su corazón no adelantará nunca. Sed de veras discípulos de Jesucristo, vivid de amor. Como el Espíritu santo ha depositado en vuestros corazones el espíritu de amor, es menester amar con magnanimidad, generosa y soberanamente.

Aunque Dios diversifica sus dones hasta el infinito, hay, con todo, algunas inclinaciones que se encuentran por igual en muchas almas a las que quiere El santificar por un mismo camino. De ahí nacen las sociedades religiosas en que se juntan corazones dotados por Dios de iguales propensiones. En cuanto a vosotros que queréis santificaros por la Eucaristía, debéis vivir de la vida interior y del todo oculta que lleva Jesús en el santísimo Sacramento. La Eucaristía es fruto del amor de Jesucristo y el amor reside en el corazón. Para hacernos sentir esta verdad no se nos muestra Jesucristo; no percibimos su cuerpo ni gustamos su sangre, ni hay nada de sensible en la Eucaristía. Así quiere Jesús que vayamos hasta su amor, al fondo de su corazón.

Jesús practica en el santísimo Sacramento algunas virtudes de su vida mortal, pero de una manera invisible y del todo interior. Está en continua oración, contemplando incessantemente la gloria de su Padre y suplicándole por nosotros, para con esto enseñarnos que en la oración reside el secreto de la vida interior; que hay que cuidar de la raíz del árbol para recoger buenos frutos; que la vida exterior, tan estimada del mundo, no es otra cosa que flor estéril, si no va alimentada por la caridad que produce los frutos. Sed, por tanto, contemplativos de Jesús, si queréis lograr feliz éxito en